

CUESTIONAMIENTOS Y POSIBILIDADES PARA PENSAR LA ENSEÑANZA DE LA ANTROPOLOGÍA EN LATINOAMERICANA HOY

Gonzalo Díaz Crovetto  

Universidad Católica de Temuco | Chile

submissão: 24/05/2023 | aprovação: 15/11/2023

RESUMEN

En este trabajo me propongo discutir algunas dimensiones y alcances para pensar la enseñanza de la antropología. Para ello me propongo situar inicialmente un contexto de interpelación que propone marcos, amarras y dificultades de generar miradas de nuestra disciplina no sólo situadas en el desarrollo de la investigación como única referencia, sino también desde las distintas vicisitudes que implica considerar el trabajo realizado fuera del margen de la investigación y de las labores vinculadas a los centros universitarios. Para hacer aquello indago y problematizo brevemente algunas cuestiones situadas en relación con la producción de la diferencia en la antropología y los puentes que se pueden tejer desde las antropologías hacia afuera de ésta. Finalmente, propongo algunos caminos para trazar cruces y posibilidades en un horizonte de transformación, escucha y plausibilidad.

Palabras clave: Enseñanza de la antropología, Antropologías de las antropologías, La producción de la diferencia, Antropología latinoamericana.

QUESTIONS AND POSSIBILITIES TO THINK ABOUT THE TEACHING OF ANTHROPOLOGY IN LATIN AMERICA TODAY

PERGUNTAS E POSSIBILIDADES PARA PENSAR O ENSINO DE ANTHROPOLOGIA NA AMÉRICA LATINA HOJE

ABSTRACT

RESUMO

In this work I intend to discuss some dimensions and scope to think about the teaching of anthropology. For this, I propose to initially situate a context of questioning that proposes frameworks, moorings and difficulties to generate views of our discipline not only located in the development of research as the only reference, but also from the different vicissitudes that it implies to consider the work carried out outside the margin of research and work related to university centers. To do that, I briefly investigate and problematize some issues related to the production of difference in anthropology and the bridges that can be built from anthropologies to outside of it. Finally, I propose some paths to draw intersections and possibilities in a horizon of transformation, listening and plausibility.

Neste trabalho proponho discutir algumas dimensões e escopos para pensar o ensino de antropologia. Para isso, proponho situar inicialmente um contexto de interpelação que proponha enquadramentos, amarras e dificuldades de geração de visões de nossa disciplina não apenas localizadas no desenvolvimento da pesquisa como única referência, mas também a partir das diferentes vicissitudes que implicam considerar o trabalho realizados fora das pesquisas e trabalhos vinculados a centros universitários. Para isso, investigo e problematizo brevemente algumas questões situadas em relação à produção da diferença na antropologia e às pontes que podem ser tecidas das antropologias para fora dela. Por fim, proponho alguns caminhos para traçar interseções e possibilidades num horizonte de transformação, escuta e plausibilidade.

Keywords: Teaching of anthropology, Anthropologies of anthropologies, The production of difference, Latin American anthropology.

Palavras-chave: Ensino de antropologia, Antropologias das antropologias, A produção da diferença, antropologia latino-americana.

“...todo antropólogo reinventa la antropología; cada investigador está siempre repensando la disciplina”.

Mariza Peirano (2014: 42)

1. INTRODUCCIÓN

Antes que una única e idéntica antropología, en América Latina hay que hablar de antropologías lugarizadas y particularmente entramadas (...). Las maneras de imaginar y hacer antropología desde América Latina responden a unas especificidades, a unos estilos referidos a los anudamientos y trayectorias específicas de las diferentes locaciones donde los marcos de estado-nación han tenido un peso significativo.

(Restrepo 2020: 164-165).

Vengo proponiendo en espacios de diálogo antropológico la concepción de antropologías de las posibilidades y de los encuentros, como un lugar de transformación y reconfiguración constante de la antropología (Díaz Crovetto 2020). Esta propuesta hace evidente que vivimos entre muchas amarras y rigideces que conflictúan con lo que predicamos disciplinariamente y al mismo tiempo nos alejan de otras condiciones que nos revelan como sujetos históricos, de carne y hueso, más allá de antropólogos/as e investigadores/as, sino también como ciudadanos/as y al mismo tiempo como trabajadores/as. Nos debemos, entonces, la voluntad de proponer constantemente condiciones ético políticas complejas que sitúen otros horizontes propositivos frente a normalizaciones de afectaciones morales que lidiamos en nuestra vida como antropolog/s, ciudadan/s y trabajadores (Díaz Crovetto & Restrepo 2023). Sin

duda, una propuesta así requiere dejar de pensar que las cosas son como son porque lo son así. Debemos descotidianizar nuestra propia disciplina (Ribeiro 2011) y en especial, lo que damos por sentado sobre ella. Esta práctica de repensar la disciplina ha sido descrita para algunos autores, como parte de un ejercicio disciplinario propio que marca un cierto *leitmotiv*, pero, al mismo tiempo, algunas cosas cuestan demasiado para ser repensadas o al menos cuestionadas. En parte, continuó aquí un ejercicio de pensar antropológicamente las antropologías (Díaz Crovetto 2011), sobre todo cuando pensadas como lugarizadas o localizadas, pero también desde un horizonte que ve la transformación como plausible y tal vez hoy, más necesario que nunca.

Específicamente, en este ensayo me quiero cuestionar brevemente al menos en torno a tres cuestiones que creo que resultan, a mi juicio, valiosas tanto para discutir, como para generar intervenciones en nuestros ejercicios y supuestos disciplinarios. Estas cuestiones giran en torno a: 1) la forma como enseñamos nuestra disciplina; 2) la forma como producimos la diferencia en nuestra disciplina; 3) y la forma como la producción disciplinaria puede entrecruzarse con la práctica fuera y dentro de la universidad. Gran parte de mi atención lo haré sobre el primer punto, mientras que los otros dos los situaré de una forma más bien complementaria. Ahora bien, el porqué de lo que motiva a discutir en torno a dichos puntos y problemas es algo que pretendo esclarecer aún en esta sección introductoria y que, claro, retomaré en el desarrollo y en las conclusiones de este

ensayo. Cabe distinguir desde ya que este trabajo está inspirado desde interacciones, aprendizajes y retos que se me han planteado en mi experiencia biográfica vinculada tanto con la docencia universitaria en pre y posgrado, como en el desarrollo de investigaciones etnográficas, en mi participación de cargos de gestión dentro de la lógica del trabajo universitario y, de mi experiencia en asociativismos disciplinarios nacionales y transnacionales.

Uno podría pensar que la antropología, o bien las antropologías, cuando también la pensamos en sus márgenes, tal como lo propusieron Das y Poole (2004) cuando pensaron sobre el Estado, nos permite ver una antropología más libre de lo que son las antropologías de la centralidad que coexisten en un mundo metropolitano. Libre al menos para inventarse y, en algunos casos, reinventarse con menos pudor y con un poco más de osadía. La famosa y siempre valiosa metáfora crítica del archipiélago mal conectado entre las islas menores, propuesta por Gerholm y Hannerz (1982), al referirse que las antropologías tienen pocas relaciones horizontales (islas vecinas), y demasiadas verticales (islas centrales) aún no está superada. Esta metáfora fue nuevamente recuperada y relevada su importancia con el proyecto de antropologías mundiales, en la medida que este buscó poner a disposición historicidades y genealogías disciplinares bajo el paraguas de algunos contextos nacionales, además de ofrecer generosas propuestas teóricas, epistemológicas y políticas para pensar las antropologías en pro de disminuir las desigualdades existentes en el sistema

mundo antropológico, proponiendo alternativas y caminos para superarlas (Ribeiro & Escobar 2009, Escobar & Restrepo 2005, Restrepo 2012, Díaz Crovetto 2008). De igual modo, las riquezas de pensar las diversas antropologías del mundo desde el estado nación sufren también de todas las limitaciones de dicho encuadre, incluso de los peligros de obviar las metropolitizaciones dentro de los contextos nacionales, la producción de las diferencias entre centro y periferias, imaginadas y materialmente bien concisas (Díaz Crovetto 2008). Naturalmente debemos pensar los centros y los márgenes no como fijos o estáticos, ni menos situados únicamente en espacios geográficos concretos. Sin duda, nos cabe a tod/s nosotr/s que estamos situados en el “margen” dar cuenta, visibilizar y mostrar que muchas cosas son y pueden ser posibles; sobre todo porque estamos situados en contextos donde soñar siempre es posible, porque más allá de adversidades y limitaciones materiales, suele haber otras disposiciones, reciprocidades y también se tejen otras relaciones, tal como lo reconoce Restrepo (2012, 2020) en relación a que los establecimientos antropológicos, los que producirían una relación particular con su entorno que deberíamos etnografiar más.

Ahora bien, el ejercicio decolonial de que podemos existir fuera de lo que se pueda considerar como una antropología hegemónica o metropolitana no es para nada fácil, ni obvia. Pensar otras genealogías, mezclas y problemas de forma más sustancial entre antropologías situadas por aquí, pero también por allá, requiere de más itinerancias, de

escucharse más, de leerse y sobre todo de practicar el interés genuino de conocernos no ya con los ojos de la producción de una antropología hegemónica frente a otras de segunda orden o tercer orden. O sea, proponiendo otras escalas de valor y sentido de nuestros quehaceres, prácticas y formas de enseñar - entre otros aspectos. De igual modo, es difícil subvertir los imaginarios coloniales construidos en la memoria antropológica para realmente comprender la validez que tienen otras formas teóricas o prácticas antropológicas realizadas en distintos contextos del sur global o fuera del centro en el norte global. Es difícil romper jerarquizaciones e imaginarios asegurados y atesorados por mucho tiempo; en definitiva, no es fácil, ni para la propia antropología, contestar el poder “erudito”, ni menos la “tradición” cuando se trata sus amarres. El proyecto ético político de antropologías del mundo, como el llevado a cabo en los últimos años en la Asociación Latinoamericana de Antropología me parecen buenos ejercicios de repensar en el pasado, actuar en el presente y, sobre todo, imaginar otros futuros posibles. Ha de entenderse, que todo proyecto colectivo requiere de moralidades mínimas compartidas, como también de voluntades en torno a reciprocidades, entregas y puestas en escenas entre tod/s para repolitizar nuestro mundo y claro, la antropología (Fassin 2018). Por tanto, significa que podemos conectarnos entre antropologías no sólo por sus historias, sino por la forma que estas han aportado a entender y proponer alternativas frente a problemas sociales comunes en nuestra región, y ojo, que no digo que sea un cami-

no dogmático ni exclusivo a otros intereses que podamos tener, pero a mi juicio, tenemos que invertir en esos encuentros, en esas posibilidades de interacción. Esto último se suma a la ya destacada participación que algunas antropologías han realizado en escenarios locales y nacionales en torno a políticas públicas, a la conformación de institucionalidades del Estado y a leyes, entre otros ámbitos.

Por otro lado, cabe señalar también que me parece oportuno y pertinente prestar especial atención a la dimensión material en su capacidad de producir y reproducir la diferencia, que para este texto me interesa enfatizar al menos en dos aspectos: 1) la antropología en grandes partes de latinoamérica es hoy una disciplina que está anclada en un sistema de formación universitaria, que forma por tanto profesionales, personas aptas para ganarse la vida en el ámbito público. Esto, que se hace más intenso en Américalatina, dónde existe primordialmente un ejercicio profesional fuera de la universidad, y que, en muchos casos, este ejercicio profesional tampoco está vinculado necesariamente con la investigación (ver Reygadas 2019a, Krotz & Reygadas 2020 y Escamilla et al. 2007, para el caso mexicano). Podríamos pensar que gran parte de l/s estudiantes que se forman en muchos contextos de latinoamérica se vincula posteriormente a su egreso, en una inserción laboral fuera de la universidad. Entre colegas solemos estimar entre 10 y 20 % del total de estudiantes egresados que continúan una carrera universitaria o investigativa, al menos, en el contexto de universidades no metropolitanas. De este modo parece que

la antropología, en ciertos modos y modelos de enseñanza aún parece formar seres trascendentales, que pueden o no existir, pues en muchos casos persiste un formación antropológica bajo un modelo ideal de concepción disciplinar que por mucho que quiera en algunos casos, poco entiende aún del “ganarse la vida” y en el hacer cotidiano de la experiencia profesional de afuera. Ya ahondare en dicha paradoja en el desarrollo del texto. 2) Por otro lado, cabe discernir que si bien en américa latina, se han propuestas con algunas miradas en torno a las particularidades y acentos de la antropología latinoamericana (Cardoso de Oliveira 1998, 2003, Restrepo 2020, Krotz 2011, Jimeno 2005, 2016), poco hemos mirado nuestra relación entre antropólogo/a, ciudadano/a y trabajo. Y menos aún, en el contexto universitario. Ambas cuestiones son vitales para entender las posibilidades de cambio que se pueden tejer, más allá de todos los miedos, riesgos y sobre todo, ceremoniosidad que nuestra disciplina tiene para venerar tradiciones, donde la transformación no debería ser algo que genere, por sí mismo, sospechas, rechazos o resguardos. Esa es otra paradoja. Siempre le pedimos al mundo que tenga la capacidad de sorprenderse de cómo las cosas son, incluso las más cotidianas. Pero poco solemos hacer para rever modos y formas de existir bajo el contexto de lo que Roberto Cardoso de Oliveira llamó de matriz disciplinar (2003). Nuevamente, no es que las tradiciones de la antropología y de cada antropología deban dejar de existir per se, pero eso no significa que podamos repensar y remirar algunas a la luz de nuestros intereses, miradas y particulari-

dades contemporáneas para posicionarnos más por lo que podemos ser, que por lo que fuimos.

Tal vez hoy más que nunca, al menos, en la modalidad ensayo, cabe situarnos en la fuerza discursiva de la primera persona, pero también en las potencialidades de encuentros y desencuentros con otras posibilidades de pensar, hacer y significar la(s) antropología(s). Parte del camino para tratar dicho desafío está en la docencia. De hecho, últimamente vengo insistiendo que todo curso de teoría antropológica enseñada por el mundo, tiene mucho más de quien lo dicta, de quienes se habla en clases. Esta constatación busca eliminar parte de la angustia de pensar la teoría en la antropología como si realmente existieran así, puras en el mundo. Es claro que muchos autores tienen semejanzas entre sus obras, y entre otras obras, conceptos, lecturas e historicidades siempre están ahí dispuestas para cruzarse. Pero si la teoría se teje cada vez que nos enfrentamos a dilemas y cuestionamientos prácticos e investigativos, cabe entender, que, en realidad, que existe más bien una predisposición a usar en determinados contextos y frente a posibilidades infinitas (Ingold 2022). Si bien, en una mirada a las y los autores clásicos de la disciplina, pueda haber gran recurrencia, la variabilidad y riqueza infinita de la disciplina está dada por quienes entremezclan sus propias historias de formaciones anteriores, con sus experiencias etnográficas y profesionales en clases. Son ell/s quienes día a día, en distintas aulas del mundo, van dando forma y vida a textos muertos, pero siempre vivos. Dejando ciertos autores, casos, temas y pro-

blemáticas sociales fuera o dentro termina siendo, en general, una decisión bastante más arbitraria que una fundamental o trascendental. Una arbitrariedad enmarcada por las biografías de quienes dictan los cursos. Eso significa considerar etnográficamente lo que estamos situando como imperdible y de qué manera eso imperdible es importante para quienes formamos cuando escogemos lo que va y lo que no va en un curso del curriculum. A mi juicio, debemos tener cuidado con las necesidades que imponemos, y se nos fueron impuestas para tornar algo antropológico, clásico, irremplazable, único e indiscutible, sobre todo frente a tantos romanticismos disciplinarios que deben mantenerse por la fuerza del paso del tiempo, y que fácilmente podemos pecar de los mismos pecados que pregamos evitar, entre otros, la producción de esencialismos todas sus derivaciones posibles (por ejemplo, ver la discusión de Restrepo sobre cultura 2019).

Así, más allá de todo ejercicio simplista y ficticio de agrupar constantemente autores y textos en escuelas, deberíamos permitirnos gozar que ante la universalidad de la disciplina, siempre nos podemos re-encantar con todas las formas infinitas de leerla, entenderla y practicarla en distintos contextos territoriales, políticos, económicos y sociológicos particulares. Vale la pena considerar esto, sobre todo, para asumir que la totalidad es, en gran parte, una ficción y una neurosis que debemos superar. Naturalmente, toda ficción, o al menos, todo olvido, siempre es más fácil que pueda recordarse, repensarse y revivirse. Más allá de guiños políticos, debe-

mos aventurarnos por lo menos a cuestionarnos el ímpetu formativo de una disciplina pueda tener en el presente de ésta. Pues esto cambia entre cada disciplina y contextos de reproducción. No es, como toda relación social, algo dado. De seguro que lo que podemos entender en común por antropología es algo que va más allá de los padres o escuelas fundadores. Por eso cabe preguntarse, las formas como hemos sacralizado y puesto en valor ciertos contextos antropológicos frente a otros conocimientos antropológicos o no. Todo lo anterior, si lo consideramos en procesos de flujos, interconexiones e internacionalización nos recuerdan lo que Bourdieu (2014) en torno que el campo de las ciencias sociales ha sido siempre internacional, pero todo para lo peor, y raramente para lo mejor.

Para ir ya encaminándome a un cierre de introducción, distingo que entiendo que la antropología pluralizada o no, requiere liberarse del peso de sí misma, sobre todo, cuando aparece en sus versiones pedantes, narcisistas y conservadoras de aprimorar ciertas formas de estar en el mundo, obviando procesos de contingencia concreta y real que dan cuenta de las posibilidad de escenificar esas otredades y al mismo tiempo de las condiciones que nos marcan a unos y otros. La cancelación es una de esos caminos mal llevados. Es verdad que nuestras experiencias personales marcan nuestras batallas quijotescas, aventuras marcadas por la presencia de nuestros propios fantasmas. Pero la antropología, sin duda, tiene eso, que aparentemente se cuestiona sus certezas constantemente, pero la verdad, para

mi, es o suele hacerse más hacia afuera que hacia dentro, en un ejercicio desesperado de asumir que el tiempo y el espacio, por muy complejos que sean, son vividos siempre por l/s nativ/s, y no por la disciplina que trasciende asimismo como algo eterno (Gupta & Ferguson 2008, Fabien 2003).

Todo lo anterior me hace relevar la importancia de que antes de declarar lo que la y las antropologías son, pueden ser o tiene que ser, sumarme a la propuesta de escuchar más sobre lo que para tantas personas, de una u otra manera, se torna su forma de ganarse la vida, porque así lo escogieron y con ello, de-esencializar un poco la disciplina. Por último, desde ya anticipo, que la cuestión radica muy lejos de la falsa antítesis entre antropología académica, y no académica, que suele ser otra representación dualista de la vida (Reygadas 2019b, Mora 2021); que apaga tanto otros mundos de sentidos, y claro, sobre todo las mezclas y co-existencias. A mi juicio, se trata más bien, de practicar la escucha atenta que propone Claudia Briones (2020) a quienes practican día a día la disciplina fuera y dentro de la universidad.

No se trata por tanto de formar profesionales para el mercado, como muchos se asustan a veces. Se trata de comprender cómo las distintas vicisitudes de quienes trabajan de la antropología, de no cerrar la puerta de ese entendimiento y experiencia, para ir, constantemente incorporando formas, modos y elementos claves en la formación profesional. ¿Cómo vamos a enseñar antropología si no aprendemos dialogando fuera de lo que nosotros concebi-

mos como el límite de lo que es la disciplina, si hay quienes, día a día, lo transgreden con su experiencia? En este sentido, la antropología es siempre reinventada por quienes la enriquecen con investigaciones etnográficas, en la docencia e investigación en general, pero también, por quienes viven y están situados en campos laborales extra-universitarios, extra-académicos. Innovando y re-articulando otras formas de poner, generar e interactuar desde su profesión con el mundo. A mi juicio, necesitamos urgentemente aprender de esas antropologías. Ese aprendizaje requiere resignificar ciertas concepciones naturalizadas de la antropología.

2. LA ENSEÑANZA DE LA ANTROPOLOGÍA

(...) Las pedagogías que desestabilizan el sentido común, que atribuyen responsabilidad al poder y que relacionan el saber de las aulas con asuntos cívicos más amplios se han vuelto peligrosas en todos los niveles de la enseñanza escolar.

(Giroux 2018: 23).

(...) Como lo ha experimentado cualquier colega que participa en un congreso nacional o un evento en otro país de la región (América Latina), nuestras antropologías se evidencian en sus diferencias, incluso así estuvieramos abordando preocupaciones compartidas. Se imponen ciertas especificidades, aunque también se dejan no pocas familiaridades.

(Restrepo 2022: 148).

Discusiones sobre la enseñanza de la antropología suelen aparecer en distintas mesas, grupos de trabajo o simposios dentro de los congresos de antropología regional, nacional, inter-regionales o internacionales. Enseñar antropología es y ha

sido un tema relevante para nuestra disciplina. A mi entender, la formación es la base de todo proceso enmarcado en unas antropologías de las antropologías en la medida que, una vez localizada la experiencia, permite entender y dar cuentas de los acentos, las lecturas y las preposiciones que cada antropología va tejiendo en sus distintas experiencias de desarrollo. En definitiva, lo importante aquí es reconocer que la enseñanza y la formación es el lugar donde la disciplina se reproduce, donde se marcan algunas fronteras, pero se desdibujan otras en la diversidad de experiencias que se tejen en torno a las formaciones disciplinares antropológicas localizadas, articuladas en historias globales, pero también entre actores, historias y procesos concretos locales y nacionales (Díaz Crovetto 2011, Restrepo 2012). Esto está marcado en claves que ahondan en cuestiones vinculadas a quienes se leen y cómo se leen ciertos autores y autoras, así como a aspectos más transversales en torno a las líneas de orientación metodológicas, aplicadas, teóricas o temáticas que cada curso va diseñando y rediseñando. He propuesto con anterioridad que a la antropología le ha costado llevarse para sí todos sus grandes aprendizajes que ha tenido para comprender la realidad de los grupos sociales que estudia y ha estudiado, pues a veces ella misma se plantea ajena a procesos sociales, a historicidades, a la producción de la diferencia, a la desigualdad, al conservadurismo o a un amarre gigantesco con la y las tradiciones). A pesar de todo lo anterior, quienes somos y hemos sido responsables de formar nuevas

generaciones, pocos y pocas tenemos formación en pedagogía o bien tratamos el tema más allá de los momentos de ajuste curricular que puedan presentarse en torno al pregrado o al posgrado.

Creo, entonces, que nos podemos hacer dos preguntas claves. Una tiene que ver con la rigidez que solemos plantear lo que entendemos por lo que debería ser el contenido mínimo de un curso o de una malla para la formación antropológica, creo que ahí es donde se activan nuestros *pilotos automáticos* (Briónes 2020a). Sabemos que más allá de todo recorte, hay olvidos, esencialismos y provincialismos en torno a lo que tiene que estar, por quienes y entre quienes, e incluso, sobre las formas mínimas de enseñar lo que es la antropología como una unidad transcendental. Mientras que la segunda interrogante tiene que ver con tomar en cuenta a quienes estamos formando y cuáles son los contextos laborales concretos a los que acceden nuestros egresados y egresadas. Ambas cuestiones están imbricadas entre sí y tocan muchas sensibilidades sobre lo que la antropología es o tiene que ser. La cuestión es importante, y ya ha sido puesto encima de la mesa en latinoamérica (ver por ejemplo el trabajo de Reygadas 2019a, Krotz & Reygadas 2021). Enseñar para personas que van trabajar fuera de la universidad, en algunos casos, en cuestiones relativas a la investigación, en muchos otros no debe traer nuevas conversaciones más abiertas y múltiples entre antropologías.

La relación disciplinar entre teoría y etnografía es, sin duda, maravillosa en su potencializar de aprender teóricamente de ver el mundo (Periano

2006, 2014). Y también puede ser clave para aprender tanto el oficio, como el pensamiento antropológico (Roberto Cardoso de Oliveira 2006, 2003). Esto no sitúa un desafío en torno a ser capaces de proponer conexiones y articulaciones entre formas diversas de experimentar y practicar la antropología por lo que nos cabe conocerlas y permitir su presencia de una u otra forma en procesos más formales de enseñanza de la disciplina (Ingold 2022). Ciertamente, el estudiantado tiene su papel en el proceso de aprendizaje y posterior aplicación una vez egresado, pero creo que debemos pensar sobre la forma en que enseñamos, pues no podemos enseñar única y exclusivamente pensando que nuestros y nuestras estudiantes seguirán una carrera académica, docente o investigativa. Además, bajar esa ansiedad, significa también reconocer que para quienes ese camino les sea de su interés, podrán profundizar y desarrollarse en el posgrado y en sus experiencias investigativas. Toda esta cuestión, que puede generar cierto ruido, es bastante más asumida para otras disciplinas. Quiero insistir que no busco acá enaltecer el modelo de la reforma de Bolonia y todas sus negativas consecuencias que trajo para la educación superior y las universidades. Mi preocupación es doble. Por un lado, es situarnos la oportunidad de discutir en torno a lo que para nuestra experiencia lugarizada de antropología es lo fundamental, de que forma y en base que queremos enseñar los contenidos mínimos para formar un antropólogo profesional y como estos contenidos pueden estar a su vez imbricados con conocimientos y prácticas que

levanten respuestas prácticas e investigaciones en torno a problemas sociales contemporáneos como, por ejemplo, los vinculados a la producción de la desigualdad y la diferencia. Ciertamente, cuestión que puede variar entre cada establecimiento antropológico. Por otro lado, entender el ejercicio de la profesional del trabajo, sus quehaceres, prácticas y estratégicas creativas para situarse antropológicamente en el mundo como profesionales. Estos puntos nos permiten otras reflexiones que van más allá de la antropología. Al respecto me parece pertinente la referencia de Guillermo Bonfil Batalla (2022: 61):

A poner en evidencia la irracionalidad de muchas estructuras actuales, al demostrar que otras no son necesarias sino, por mera contingencia – y sí son, en cambio, irracionales –, al exhibir su carácter gratuito y errático, se hace crítica, pero también se funda la utopía. Es la contraparte inevitable de la crítica, la acción constructiva, la gestación de modelos que eliminan de raíz las deficiencias del presente cuyas causa y dinámicas se han percibido.

Así, por ejemplo, me ha tocado configurar y dictar el curso de Teorías y Problemas Antropológicas I durante 10 oportunidades al alero de la Carrera de Antropología del Departamento de Antropología de la Universidad Católica de Temuco, curso que compartí generosamente con algunos colegas, tuve invitad/s, ayudantes de curso motivados y estudiantes participativos; con quienes aprendí sobre todo a comunicar, entender y estimular la comprensión teórica de problemas sociales de nuestra vida en sociedad y no sólo de nuestra disciplina, que nos competen, insisto, tanto como profesionales, futu-

ros investigadoras e investigadores, pero también como ciudadanos y ciudadanas. Este curso de teoría y problemas antropológicos, que se dictaba al alero de un modelo de formación por competencias, está enmarcado en su programa bajo un recorte de autores de la primera mitad del siglo XX que traten el “vínculo social”. Así, en un curso, que formalmente incluye a cinco autores y autoras de la antropología clásica (Marcel Mauss, Émile Durkheim, Edward Evans-Pritchard, Margaret Mead y Mary Douglas), textos que son intercalados con otras etnografías latinoamericanas contemporáneas (i.e. Nuñez 2015) y con una discusión inicial en torno a la relación teoría y etnografía propuesta por Mariza Peirano (2014). Durante mi experiencia dictando el curso he centrado mis esfuerzos en: 1) que puedan leer obras antropológicas clásicas de forma integral o parcial, y que en ese proceso puedan entender lo que Peirano nos propone como la teoría viva (2006), esa particularidad y rica posibilidad que nos presentan las monografía (de carácter etnográfico o etnológico) para aprender sobre la comprensión, y a su vez, construcción, teórica de la realidad expuesta en una lógica de revelación y argumentación antropológica del fenómeno social estudiado; 2) comprender que los problemas estudiados por autores y autoras clásicas son plenamente relevantes para entender dinámicas de la vida social contemporáneas de aquí y de allá; 3) que los y las estudiantes puedan pasar del sentido común a una descotidianización teórica de la realidad; 4) prepararles durante todo el curso hacer el esfuerzo de vislumbrar posibilidad de in-

vestigación o áreas de desarrollo profesional dónde podamos aplicar el aprendizaje tanto teórico-conceptual. como también la identificación de problemáticas sociales contemporáneas y contingentes (i.e. la constitución de comunidades morales, las reciprocidades, la construcción de alteridad, la identificación de la construcciones de ideales y desvíos en nuestras sociedad, y, comprender las formas que los colectivos y grupos sociales clasifican y ordenan el mundo); 5) plantear discusiones del orden del plano de la ciudadanía y la convivencia vinculadas a género, la desigualdades sociales y la producción de la diferencia.

Permítanme ilustrar sucintamente el caso de Marcel Mauss, a quien vemos en extenso por el “Ensayo del Don” - y en forma complementaria el texto de “Las técnicas corporales”. En varias clases, la persistencia de una problematización en torno a la constitución de múltiples formas de estar en el mundo socialmente, requiere moralidades compartidas, y que estas pueden redefinirse y crearse continuamente, y que a su vez evidencia que nuestras relaciones con otros cuando miramos todos nuestros tipos de intercambios y reciprocidades, muestran todo potencial de vincular a unos con otros. Más allá de nuestros resguardos por la producción de la diferencia que trataré en la tercera sección, me interesa enfatizar en la producción de una sociabilidad como una forma de comprender como iguales, como algo que pueden y hacen los nativos, pero que hacemos todos y todas, para vivir en sociedad. En mundo, donde toda construcción del valor pare-

ce estar dado por el mercado, es importante entender Mauss por múltiples motivos, pero también, por recordarnos que el mercado es una forma que no tiene por qué monopolizar todos los modos de darle valor a nuestras prácticas en nuestra vida en sociedad. Y que el interés puede ir de la mano del desinterés, como de la celebración de la vida en sociedad. Incluso podemos proponer otras y nuevas formas de coexistir juntos, si se quiere, siendo diferentes, o siendo los mismos inclusive. La circulación de dones, siempre tuvo un espíritu colectivo, más allá de nuestros beneficios personales. El sentirse ligado a otros mediante acuerdos tácitos debe entender su potencialidad de transformarse y readecuarse por la sociabilidad que aparezcan como las generan consenso entre sus partes, como una continua forma de construir y ensamblar lo social moralmente. Si el ensayo del don nos muestra ejercicios que distintos pueblos originarios se plantearon como posibilidades de deponer las armas, nos debemos a nosotros, como ciudadanos y trabajadores, la posibilidad de creer y posibilitar la imaginación de otras formas y modos de estar en el mundo. Por ello creo enriquecedor que en el curso puedan participar representantes de organizaciones en torno a prácticas económicas morales basadas en la reciprocidad y en la economía solidaria provenientes de colectivos sociales establecidos que den cuenta de sus propios sentidos de porque se agruparon y las tareas que se proponen hacer. Este camino constante de interacción entre posibilidades de situar conocimiento prácticamente tributa de varias

formas en el desarrollo de aprendizajes vivos, que orientan la riqueza etnográfica en su relación con la teoría, pero también en relación con su articulación para comprender e imaginar intervenciones en problemas sociales contemporáneos de la vida en sociedad. Esto, orientado semestralmente, significa que la dinámica del curso orienta un ejercicio de aprendizaje teórico aplicable en otras experiencias de la vida antropológica (Ingold 2022); lo que acentúa además que la sociedad está viva y que la teoría no es, necesariamente, una abstracción, sino una forma de leer algo que ya está, en parte, escrito.

Al final, en nuestra labor docente, debemos ser capaces de ofrecer que un otro mundo es posible, evitar la desesperanza como proponía Paulo Freire. Y ese ejercicio no puede salir por el levantamiento de muros, sino más bien de algunas, que sea parciales, mezclas posibles entre formas de practicar y enseñar lo que consideramos que es fundamental y trascendental para nuestra disciplina. Del mismo modo, cabe discernir que frente al avance y la importancia concedida para las ciencias duras y la tecnología en distintos contextos nacionales en torno a las políticas públicas de las ciencias y la educación, Martha Nussbaum nos propone que debemos valor las otras competencias que vinculadas a las humanidades y al arte, en la medida que tienen la capacidad de desarrollar un pensamiento crítico; la capacidad de trascender lealtades nacionales y de afrontar los problemas internacionales como “ciudadanos del mundo”; y por último, la capacidad de imaginar con compasión las dificultades del prójimo.

Asimismo, resulta conveniente discutir dos propuestas en torno a la formación de la antropología en latinoamérica. Por un lado, una educación crítica en torno a las múltiples condiciones que están en el paso de la constitución de un profesional acorde con nuestra disciplina y en el escenario de inserción mayoritaria laboral fuera de la academia. Ante ello, junto con las sensibilidades necesarias en torno a la investigación o aplicación antropológica de conocimiento, formas y alcances disciplinares, nos cabe también problematizar problemáticas sociales, morales, políticas y económicas de nuestro tiempo. Esto, no sólo porque nos atañe a las preguntas universales propuestas por algunos y algunas autoras clásicos de la antropología, en particular, las que también buscando atender, responder y proponer antropológicamente problemas de la vida en sociedad (Graeber 2018, Krotz 2011), y al debate público (Ribeiro 2018), tal como lo hizo la antropología a comienzo del siglo XX con obras como las del Ensayo Sobre el Don de Marcel Mauss y/o la monografía Sexo y Temperamento de Margaret Mead. Naturalmente, esto es válido para una serie de antropólogas y antropólogos latinoamericanos que, desde temprano, buscaron pensar en torno a problemáticas sociales del mundo co-existido - nos concierne porque hacemos parte del mundo. Estas preguntas y estos problemas nos enriquecen en nuestra formación, más allá de cientistas sociales o de las humanidades, como personas y ciudadanos/as de un mundo compartido. Pero también resulta importante in-

cluir una formación que incluya una problematización de las formas por las cuales las personas ganan su sustento económico, comprender todas las complejidades, temáticas y sensibilidades expuestas en el mundo del trabajo desde la antropología. Más allá del sentido académico que se pueda dar, debemos pensar la sociedad por las formas por las cuales también participaremos en ella, el trabajo, la ciudadanía y el ejercicio profesional y disciplinario de la antropología son esferas concretas de relación a las cuales debemos, por tanto, prestar atención en la conformación de los cursos, itinerarios formativos, programas y nuestros terrenos, pues son relaciones constitutivas de la disciplina, que no están “afuera”, sino hacen parte de ella. Todo lo anterior nos podrá poner más atentos y con mejores herramientas para tratar, desde distintos escenarios, dilemas vinculados, por ejemplo, al racismo, la desigualdad, la subordinación, los radicalismos, entre otras posibilidades.

Las antropologías desarrolladas en latinoamericana no pueden cometer los mismos errores epistémicos aprendidos en las formas que se iba concibiendo el otro desde distintas corrientes del norte. Me refiero que deberíamos proponer una forma de enseñar, que contemple todas las posibilidades de inserción laboral, y no configurar un programa formativo que alude hacia la configuración exclusiva en la *expertise* académica, focalizada en un habitus investigativo. Lo cual no significa que debamos descuidar ese lado. De forma alguna. Se trata de enseñar por los distintos aportes y planos de contribu-

ción que la antropología aporta cotidianamente en todas las dimensiones de su quehacer profesional. Nuestra disciplina puede tener, y hacer el ejercicio, de situarse en dichos diversos planos al enseñar y plantear ciertos lineamientos mínimamente situados en dicho contexto de interacción territorial. Que quede claro, que ese camino debe resguardarse, pero no puede ser el único, inclusive, ni el más central. Evitando la esquizofrenia de enseñar para cursos donde sabemos, exceptuando algunos centros metropolitanos, que gran parte de nuestras y nuestros estudiantes ejercerán la profesión lejos de competencias investigativas. Sé que esto no le agrada algunos, y de hecho, muchas veces planteamos que para desconstruir la casa, hay que construirla primeramente. Pero yo me pregunto, ¿de qué casa estamos hablando? Por qué nos cuesta tanto salir del canon y la tradición a una disciplina que hace años introdujo la transformación como uno de sus *leiv motiv* de estudio. Entiéndase nuevamente. No estoy en contra de que podamos formar buenas investigadoras e investigadores, y si se quiere, etnógrafas o etnógrafos. Pero también debemos enseñarle todas las dimensiones de aplicación de la antropología en los nichos profesionales existentes o en la capacidad de crear nuevos nichos y articulaciones posibles. Para lograr esto último, es necesario que podamos situarnos en un plano de aprendizaje continuo sobre dichas prácticas para quienes no estamos en ellas. Esto requiere replantear las colaboraciones dentro y fuera del aula.

3. LA PRODUCCIÓN DE LA DIFERENCIA EN LA ANTROPOLOGÍA

Por ello podemos afirmar que ha sido un gran éxito económico, político e institucional lograr que todos los científicos creen que los trabajos no incluidos en el campo editorial estándar a priori carecen prácticamente de valor. Dicho éxito se ha conseguido no sólo utilizando claros criterios de censura y monopolización de los campos de conocimiento, sino creando un sistema jerarquizado de vanidad entre los investigadores.

(Bermejo 2011: 89).

No entanto, o que parece como ponto a ser discutido é a complexidade do controle do tempo de trabalho e a forma como foram criados novos mecanismos de subordinação.

(Ramalho 2011: 244).

La cuestión de la enseñanza de la antropología está afectada por las condiciones de la producción de la diferencia. Al menos, si consideramos las universidades como garantes de la reproducción disciplinar formal, nos cabe pensar también cómo se produce la diferencia en la carrera docente/investigador universitaria, en un contexto, donde la enseñanza exclusiva es cada vez menor y rara. Naturalmente, las formas de afectación y relación entre los campos de la docencia y la investigación universitaria varían nacional, regional y localmente. Variaciones que marcan la diferencia en la cantidad de horas dispuesta para la docencia directa por un lado, y por otro, la progresión académica, que en muchos casos, termina siendo exclusivamente centrada en los méritos dados en la investigación, sea mediante una carrera exitosa

en publicación, sobretodo, en determinados índices, o bien, sea por la adjudicación y participación proyectos de investigación o aplicación. La docencia, en muchos casos, pasa a segundo orden. El trabajo fuera del contexto universitario y de la investigación se escapa a los confines de este trabajo, cabe reconocer al menos que también tiene sus particularidades para producir la diferencia en sus diversos contextos de ejercicio, en algunos casos, la experiencia de adjudicación, participación o calidad de informes son parte del repertorio que determina la producción de la diferencia. Me interesa en este breve apartado enfatizar que las formas como se le asigna el valor a determinadas esferas del trabajo del docente universitario acaban afectando el impacto que nuestra docencia pueda tener y todo lo que esta requiere para ser implantada de buena forma.

La antropología, entendida como práctica social, ejerce, desde distintos planos y experiencias, sus propias construcciones, significados y formas de producir la diferencia. En el espacio universitario éstas están hoy, más que nunca, permeadas desde lógicas externas vinculadas al sistema mundo universitario y sus amarres nacionales y locales desde las respectivas políticas de ciencia, educación y gestión (Díaz Crovetto & Restrepo 2023). El ímpetu neoliberal de la imposición de un modelo dado para medirnos, separarnos y diferenciando existe, verticalmente, desde una imposición de un sentido productivista, capaz de medir y diferenciar, burda y cuantitativamente; centrada en muchos casos, en apenas algunas áreas del desempeño laboral de

un profesor universitario: la producción de papers indexados en determinados lugares y, en algunos casos, en determinados idiomas. La forma de la implementación puede variar nacional y localmente, pero las formas por las cuales se miden los atributos desde escalas de diferencia son limitados. Así, en algunos contextos nacionales, la valoración de las publicaciones se hace a partir de pares que sitúan condiciones y sentidos propios, no obstante prima una universalización de la experiencia publicable a través de la lógica de la contabilidad y de una (Strathern 2000, Shore & Wright 2000, 2015, Díaz Crovetto 2019), bajo una condición de burocratización total (Graeber 2015) que reproduce un proceso de cuantificar y dar valor, como una lógica de administrar dicha diferencia. En esa producción y asignación de valor, rara vez las publicaciones no son una patamar que subordina otras experiencias del quehacer universitario y del trabajo plausible de un profesor, subordinado en ciertos casos, la docencia, la vinculación con el medio y la divulgación de saberes en un orden inferior, que rara vez, permite la promoción docente.

Para ponerlo de la manera más simple y directa: ¿la culpa la tendremos nosotros, los/as antropólogos/as? Tal vez, parcialmente, pues nos fuimos enredando en nuestras discusiones internas y en nuestras especialidades, como forma de mostrar erudición y de hacer carrera (Ribeiro 2018). Es importante la forma como le estamos asignando valor, y con ello, produciendo la diferencia y jerarquías en torno a ellas

tanto fuera o dentro de la universidad. En este trabajo sólo me remitiré a esta última, no obstante queda el desafío luego de la escucha atenta comentada antes, de entender mejor el mundo del ejercicio profesional fuera de la universidad, para discutir y proponer nuevas propuestas en torno a dicha dimensión y generar otras esferas de escucha y colaboración.

En trabajos anteriores (Díaz Crovetto 2019, 2020, Díaz Crovetto & Restrepo 2023) propuse y propusimos la importancia de comprender y cuestionar nuestras propias formas de situar la diferencia y su importancia al interior de los contextos universitarios. La transformación al interior de las condiciones de asignación de valor en los últimos años ha sido cada vez más radical en torno al trabajo de los profesores y las profesoras universitarias en lo que dice respecto a las formas como se mide su “productividad” o bien las condiciones que garanticen el ingreso a plantas permanentes. Si bien en latinoamérica hay matices y distinciones entre contextos nacionales, a partir de las implicancias y consolidaciones tanto de la disciplina, pero también de las formas que el Estado teje sus políticas nacionales, dónde algunas abrazan con mayor ahínco que otras un modelo gerencial de la gestión universitaria. Para entender mejor dichas implicancias, podemos considerar el establecimiento de un sistema mundo universitario, que implica que cierto arreglos de conformación de valor, que si bien, no operan igualmente en todo contexto nacional, tienen su peso para determinar

distintas facetas no sólo de la investigación, sino también las formas como acaban afectando el tiempo disponible y la importancia que puedan tener otras tareas propias del quehacer de un/a docente, inclusive, la docencia - a mi juicio una corrosión del carácter del trabajo del docente universitario (Sennett 2000). En los países y sistemas nacionales de ciencia más liberales y que se rigen por la indexación como productora de la diferencia, sea basada en escalas nacionales formuladas por sus pares o bien por los sistemas privados globales de indexación (i.e. wos o scopus) han y están trastocando una imposición moral en torno al tiempo, al trabajo y la disposición frente a nuestros múltiples quehaceres que nos corresponde a quienes estamos en puestos de privilegiados de trabajo encargados de formar nuevas generaciones de antropólogos y antropólogas. La obsesión productivista, fetichistas de la cosa preciosa, nada brilla tanto como una wos en algunas partes, se ha consolidado como un modelo predatorio, que puede ser resignificado, al menos por modelos que den valor a las múltiples tareas que se hacen en los contextos de desempeño académico más allá de la investigación. Como también reconocí anteriormente, eso no significa que los trabajos publicados en dichos índices o bien en determinados idiomas no sean por sí mismos valiosos y significativos para la disciplina. Sino más bien, la cuestión radica en cuestionarnos en torno a las formas que generan la clasificación y si estas son efectivamente compartidas, moralmente, entre quienes integran las comunidades que son

afectadas por estas (Fassin 2016, Durkheim 2012). Ahí cabe preguntarnos por la idoneidad que estas formas puedan tener para determinar la diferencia y frente a que se está generando la diferencia. ¿Estamos de acuerdo? ¿Hay alternativas? ¿Somos capaces de proponer local, nacional o globalmente otras formas de generar la diferencia? Y sobre todo, qué áreas de desempeño estamos privilegiando cuando situamos el valor en la indexación al mismo tiempo que deberíamos preguntarnos por cuáles dimensiones estamos dejando de lado. Frente a lo anterior, creo que nos falta llegar etnográficamente a entender no sólo las concepciones de la política pública en torno a la ciencia y la gestión universitaria, como sus versiones locales, sino también las formas que nuestra propia comunidad ha y está lidiando con dichas categorías. Ahora bien, en algunos casos, las afectaciones son múltiples para quien queda atrás de la carrera y no consigue validar otros méritos que dan cuenta de capacidades que también pueden estar vinculadas con atributos que podemos moralmente vincular con la investigación más allá de las publicaciones. La docencia es una. La investigación colaborativa es otra, la gestión y la vinculación con el medio son otras áreas también relevantes y concomitantes con el reconocimiento y valor que se le pueda dar a las palabras escritas. Pluralizar la antropología es también pluralizar las formas por las cuales le podemos dar valor a nuestras prácticas y con ello las afectaciones que se pueden tejer en nuestros campos de desempeño, como los docentes.

Recientemente, Claudia Briones (2020a) nos recordaba de la posibilidad de transitar juntos, pero diferente a partir de las inminencias que nos tocan enfrentar en torno sea a la forma de gobernar nuestras vidas, sea frente las contingencias del cambio global y su consecuentemente capacidad de marcar diferencias en las formas de afectación ante desastres socioambientales y tecnológicos. Para lograr lo anterior nos toca en otras de nuestras sensibilidades de la expresión de la vida contemporánea, invitándonos por tanto a escuchar más y hablar menos, a escaparnos de nuestros “pilotos automáticos” y con ello, de prestarse en colaboraciones de todo tipo sobre los elementos que nos unen y dignifican, como los derechos humanos, como de todas las formas diferentes de co-existir y estar en el mundo, pero que también suelen llevarnos por la experiencia de la exposición del riesgo de no saber, como también a nuevas formas que pueden devenir en nuevos modos de producción y dominar el mundo. Lo que nos puede llevar a nuevas formas no solo de entender sociabilidades, sino de (re)significar sensibilidades del estar con. Sin duda, hay un paso que hacer también en torno a las moralidades que tejen políticas y sensibilidades específicas (Fassin 2018). Y la antropología lugarizada, pero también la que se universaliza en formas y redes determinadas, debe no sólo actuar globalmente, debe también cuestionarse sobre su producción y las formas que le damos contenido moral a la existencia de la producción de la diferencia en nuestra vida.

4. LOS CRUCES PERMITIDOS Y LOS CRUCES POSIBLES ENTRE ANTROPOLOGÍAS

(...) En muchos casos, la antropología parece una disciplina asustada de su propio potencial.

(Graeber 2011:109).

Las ciencias sociales, al igual que todas las ciencias -físicas o biológicas, por ejemplo - tienen sus teorías, sus métodos, y también su lenguaje para expresarlos. Las revistas científicas sirven para eso, para crear espacios donde los especialistas de un ámbito dado puedan dialogar y propiciar la evolución del conocimiento. Pero eso saberes también pueden, con un esfuerzo de escritura, volverse accesibles para un público más amplio de personas que se interesan por el tema que se trata.

(Fassin 2022: 92).

Los muros se levantan a diario, los que vivimos en la ciudad, vimos cercados de muros, como también se levantan las cercas en los contextos rurales. En la antropología también suelen tejerse múltiples muros. Algunos de ellos se han construido en torno a lo “académico”, una categoría ambivalente, donde, cuando pronunciado desde fuera de ella, incluye todos los males del mundo, pues torna a los sujetos adscritos de ella como fuera de este modo, “el mundo académico”, que se diferencia de otro, que existiera fue de él, el mundo real. Hasta ahí, vamos por el rumbo de cualquier mito clásico sistematizado por la antropología. El mundo profesional acusa al académico de no entenderlo, y el mundo académico, juzga también bajo sus parámetros a éste otro. Pues bien, como todo mito, tiene la capacidad de generar

sentido a la forma como entendemos el mundo (y consecuentemente las clasificaciones colectivas que podemos compartir o no). Nos cabe a nosotros la capacidad de tejer nuevos puentes y nuevas interacciones entre mundos y desconstruir los sentidos y formas que se han levantado ciertos supuestos muros. Un proyecto político basado en la antropología de los encuentros, como de las posibilidades, sitúa mundos de conversación, de transformación, contaminación y mutación constante.

Después de todo el camino recorrido, ciertas cuestiones nos van quedando claras. Al menos así lo espero. Por un lado, retomamos la cuestión propuesta por Briones (2020a) de la escucha atenta, o cuando Ingold (2019) nos plantea la importancia de tomarnos a los otros seriamente. Ambas cuestiones no tienen que llevar a tomar en serio y escuchar a nuestros y nuestras egresados y egresadas que desempeñan como antropólogos y antropólogas, no sólo para y desde procesos curriculares, de acreditación y burocracias del sistema mundo universitario (Díaz Crovetto & Restrepo 2023). La antropología puede ser muchas cosas, pero no deja de ser también una profesión para ganarse la vida. Necesitamos etnografiar mejor esos espacios, esas condiciones y situaciones de vida de quienes vivieron una antropología en la universidad y otra fuera de ella. Los que estamos situados en la vereda de acá tenemos que hacer ejercicios de situarnos en la posibilidad de transformar y ajustar lo que fuese necesario para enriquecer de mejor manera a quienes estarán mañana actuando como antropólogos

y antropólogos en la multiplicidad de contextos de aplicación. Lo cual no significa que abandonemos toda la antropología, el cientificismo, la investigación, las lecturas clásicas maravillosas. Sino se trata más bien pensar clases, contenidos, cursos, herramientas, experiencias y prácticas que no busquen sólo antropologizar al mundo desde la universidad, sino que me interesa más bien el viaje que conduce a entender de mejor manera la disciplina que se hace y rehace por quienes se desarrollan profesionalmente. En esa misma línea, creo que debemos ser capaces de hacer puentes más amplios, generosos y diversos entre quienes están fuera de la universidad, pero día a día, ponen su disciplina frente a demandas prácticas y posibilidades concretas. No sólo la antropología tiene que escribir en otras formas y para otros públicos (Díaz Crovetto 2022), sino que debemos ser susceptibles a generar espacios, revistas y publicaciones que den cabida reflexiones y casos del ejercicio profesional de la antropología. Eduardo Restrepo (2000) hace una revisión crítica para situar las antropologías relevantes, en la medida que podemos cuestionarnos lo que él entendería como el autismo disciplinario, para lo cual el autor propone lo siguiente:

Para que las antropologías sean relevantes deben hacer contribuciones concretas destinadas a conocer más adecuadamente los mundos que habitamos, a entender las fuerzas que los constituyen y que en gran parte imposibilitan que sean más justos, igualitarios y dignos para más gentes.

(Restrepo 2020: 164).

Frente a lo expuesto sucintamente en esta sección, nos cabe primero preguntarnos la centralidad de los cruces permitidos y posibles que se pueden establecer entre los distintos espacios de las lugarizaciones o localizaciones antropológicas, que nos reconecten en formas y modos distintos, sea con quienes práctica a diario la profesión fuera de la universidad, sea en nuestras formas de aportar al debate de temáticas sociales contemporáneas a través de escenario de interacción múltiples, que incorporen otras formas de escribir y aproximarnos a plateas más amplias que las propias alusivas al “mundo académico”. Es cierto, que en muchos contextos, dichos ejercicios ya se están estableciendo y en otros, estos se han producido hace mucho tiempo. Nos cabe, entender, aprender y divulgar de mejor manera dichos esfuerzos.

5. CONCLUSIONES

La única manera de salir de la paradoja de la fábrica de fronteras es hacer más porosos los límites que dificultan el conocimiento. Más porosidad e interacción, sin reclamar un debilitamiento de las diferencias, aunque sí de la pretensión de igualar las identificaciones con culturas homogéneas. Es necesario que haya más autonomía igualitaria para que los sujetos definan y redefinan los límites de la cultura y la identidad. Que haya más heterogeneidades reconocidas, y menos inconmensurabilidad inventadas y reificadas.

(Grimson 2011: 240).

Por lo tanto, aunque la antropología parezca perfectamente posicionada

para proporcionar un foro intelectual con cabida para debates mundiales de todo tipo, ya sean sobre política o sobre cualquier otro tema, se resiste a ello.

(Graeber 2011: 110).

Para pensar todo lo que la antropología puede aportar en nuestras sociedades y todo lo que ella puede llegar a ser, si asumimos la posibilidad de reinventarse, mezclarse y repensarse, debemos comprender el ejercicio profesional de nuestra disciplina. ¡Por favor, que esto no se lea como una liberalización de una oferta de conocimiento sobre una demanda del mercado! Sino más bien, con una reconexión al mundo que vivimos tanto como ciudadanos, trabajadores y antropolog/s. Entender las complejidades del ejercicio profesional, las limitaciones, las frustraciones, las condiciones objetivas y subjetivas nos permite situarnos en un horizonte prepositivo más genuino, que se puede entrecruzar con una diversidad plena de aportes, corrientes y propuestas dentro y fuera de la disciplina. Esto lo entiendo como una posibilidad, como una ligación posible propia, si se quiere a partir de una ética y moral, que entre diversas formas, acentos y contenidos, propone alternativas de resituarnos con el mundo. Pero ahí claro, tenemos que hablar menos y escuchar más como proponía Claudia Briones (2020a).

La tesis fundamental de este trabajo aboga por la necesidad de problematizar la condición de trabajo como cuestión fundamental de la reproducción laboral, en su más variada gama, se trata de como

podemos no sólo entender el desarrollo disciplinar a partir de nuestra condición de auto-reflexividad disciplinar (Díaz Crovetto 2011), sino también el mundo material donde quienes se forman trabajan, sobre todo, cuando se trata de un ejercicio profesional, o bien la falta de este. El debate de la formación antropológica no se elude a partir de modelos orientados o no hacia la profesionalización. A mi juicio, urge entender las condiciones laborales de quienes están afuera y dentro de las universidades. Como un ejercicio primordial de extrañamiento (Ribeiro 2011), que nos conecta doblemente en la condición de ciudadanos y trabajadores con la sociedad. Lo que a la vez presenta una ruptura o al menos una concepción que nos liga con el mundo desde condiciones bien concretas de experiencia. Pero si la concepción de una disciplina como la nuestra pasa por un romanticismo exacerbado que siente ceguera frente al co-estar en el mundo no está basado únicamente en un plano ontológico, sino también, uno bastante material. Naturalmente, entre ambos planos opera la construcción de la diferencia, el privilegio, la subordinación y la precarización de la vida y del trabajo. Más allá de que la antropología exista también, entre otros planos, en el mundo del trabajo, nos cabe preguntarnos por las rutas y caminos que se pueden trazar de esa concepción. Entiendo que las consecuencias de dichos análisis pueden significar en relecturas como enseñar, reconocer y entablar conversaciones entre prácticas antropológicas que podrían relacionarse mejor si no fueran muchas veces domesticadas por escenarios de poder

en torno a la generación de la diferencia, ostentación de saberes o prácticas frente otras.

Trato aquí de una agenda de trabajo, que por el momento la entiendo desde el desarrollo de posibilidades teóricas, pero como también como una propuesta que pueda dar con estudios etnográficas de los establecimientos antropológicos (Restrepo 2012, 2020), de esos espacios donde la disciplina se reproduce, ordena, desarrolla, enseña y también se reinventa produciendo sus acentos y relaciones territoriales propias, pero siempre dinámicas, entre continuidades y rupturas; entre mezclas y ejercicios sui generis. Este proceso de constitución en establecimiento antropológico dado, está marcado, a mi juicio por las condiciones descritas anteriormente. Es un proyecto como sueño al margen, de ir construyendo etnografías colaborativas y narrativas múltiples en torno a nuestra experiencia. Eso requiere un ejercicio primordial para la antropología, sobre todo si llevamos a serio su supuesta “subversividad” ontológica, que nos lleva más allá de lo ciudadano como conexión con la sociedad, y lo lleva también en su condición de trabajo y de trabajadores/as. A algunos de quienes practican la profesión no les gusta posicionarse desde adentro, sino más bien en sutiles “entres”, que incluyen ejercicios de ciudadanía y compromiso público. No obstante, son pocas veces que la antropología se cuestione cotidiana y coordinadamente sobre sus condiciones de trabajo. Si bien recientemente extiende destacados estudios que han o están haciendo ejercicios reflexivos sobre la relación de la disciplina con el ejercicio

profesional, es verdad también que no se trata de una práctica o reconocimiento identitario que opera comúnmente en la disciplina.

Pues bien, me parece fundamental acercarnos a las formas que las condiciones laborales y profesional de la disciplina en contexto donde, en muchos casos de latinoamérica, ha significado un constante desarrollo institucional a partir del incremento de la oferta de carreras pre y posgrado. Pero la antropología no ha puesto todos sus esfuerzos en descotidianizar dicho espacio. No quiero retomar aquí todas las discusiones que han colocado tanto el universalismo o particularismos de ciertas ontologías, de ciertas experiencias por aquí y por allá. En concreto, me interesa pensar tanto lo que se conoce como carrera académica y el espacio universitario como tal. Sin duda ni uno ni lo otro se puede entender fuera de un contexto de interconexiones globales, nacionales y locales. En este texto busque, entonces, problematizar algunas cuestiones propias en torno a las universidades como espacios conectados a políticas nacionales, implicancias regionales e injerencias transnacionales, entre otros aspectos. Todo aquello significa alteraciones y características propias en torno al mundo del trabajo que se interconectan en el sistema universitario que tejen o al menos afectan las trayectorias laborales de docentes e investigadores/as, generando arenas y matices de desarrollo particular según los contextos y formas que el punto anterior tenga efecto en su espacio de trabajo.

Sobre lo último expuesto cabe denotar que deberíamos tomar en consideración, tal como se propuso

desde el proyecto de antropologías mundiales, en las diferencias de poder que se tejan y generan en la medida que se construyen determinados centros, olvidos y silencios sobre y entre antropologías. Cuestión que si bien, reconoce la importancia en torno a las formas como se tejan relaciones metropolitanas y periféricas, da cuenta también lo que Hannerz y Gerholm reconocieron tempranamente en 1982, que entre las antropologías alejadas del “centro” pocos puentes se cruzan entre ellas, y suelen mirar y comunicarse más al centro. Los cuarenta años transcurridos de esa brillante y recurrentemente citada metáfora, no han sido suficiente para que perdamos todos nuestros miedos e inseguridad, como también nuestros egos y deidades propias de mirar otras antropologías, otras prácticas y otros cruces. Entender esto es muy simple. La antropología no existe en abstracto, sólo en concreto, al menos en la medida que determinados/as personas la practican y la enseñan, cuestión que mayoritariamente se ha hecho desde las universidades. Resulta extraño que muchos esfuerzos se hayan concentrado en las particularidades y encantamientos que distintos enfoques, aproximaciones o autores han aportado al desarrollo disciplinar, pero muy poco hay desde la antropología de entender las condiciones materiales que daban cabida a determinados sujetos concretos en determinadas épocas, lugares y contextos de trabajo. Todo lo anterior resulta relevante, porque a mi juicio las formas, intensidades y modos que una trayectoria profesional como docente e investigador se pueda tornar exitosa está basado en condi-

ciones y utopías neoliberales que afectan las formas como dichos trabajos pueden ser vividos, y claro, como también parte de nuestras vidas y cuerpos son marcados. No sé trata de una declaración o acto romántico, se trata simplemente de ver la universidad como parte de la sociedad. Por ello evito el término la academia y el trabajo académico, pues sitúa la academia en algo tan exclusivo en su forma, que perdemos todo el horizonte de afectación, o bien, simplemente, alinearnos. Al final, en cierta forma, si buscamos evitar ciertas alienaciones en sus versiones contemporáneas, sea desde la enseñanza de una disciplina en relación al ejercicio profesional, el cual no podemos dar por comprendido o supuesto, la alienación en torno a nuestra propia condición que tod/s l/s antropolog/s experimentamos de ser trabajador/s, cuestión que nos reconecta con historias y procesos más globales y finalmente, no nos podemos enajenar del mundo fuera de la antropología. A mi juicio nos cabe a tod/s, en cada uno de nuestros constreñimientos, situarnos por una antropología de las posibilidades, que tiene mucho de eso que Graeber llamó de liberación del imaginario (Graeber 2011). Para transitar esos caminos, nos cabe entonces practicar la escucha atenta, fuera y dentro del canon de lo que hemos llamado antropología. Al respecto nótese que:

En la medida en que la antropología científica se sigue nutriendo de la pregunta antropológica, las particularidades de la diversidad sociocultural existente en cada país y región –rica, indiscutible e incluso creciente en los tiempos actuales, conflictiva pero también fuente de impulsos para el

avance democrático auténtico, que no se da a pesar de sino con base en la diversidad— seguirán dando a la antropología latinoamericanas sus matices específicos, proporcionándoles, en palabras de Cardoso de Oliveira, sus “estilos” peculiares.

(Krotz 2011: 17).

Más allá de toda retórica, más allá de todo cuestionamiento, propongo que debemos pensar más colectivamente, no sólo las antropologías con sus entornos locales y nacionales, sino también, de proyectos ético-políticos que también las trasciendan. Somos capaces de proponer, intervenir e interpelar. Debemos pensar articulaciones de aprendizaje que nos permitan escapar de los formalismos interpuestos por los intercambios formales normalizados. Debemos atrevernos de embarcarnos en proponer

antropología relevantes como propone Restrepo (2020), o posibles, como vengo proponiendo. Esto último tiene o poder tener al menos alcances políticos concretos. Si queremos pensar alteraciones en la forma de cómo enseñamos antropología en el pregrado, es importante que estas discusiones crucen fronteras, periferias y metrópolis. Todo lo anterior debe interesarnos en la medida, que junto con nuestros acentos, disensos y diferencias, podamos proponer, transformar y recorrer otros caminos que vayan más allá de los cánones internacionales propuestos por el sistema mundo universitario. Sino, más bien, como alternativas a este, como una forma de re-politizar nuestras vidas (Fassin 2018), como profesionales, ciudadan/s, investigadores, docentes y trabajadores.

6. REFERENCIAS

Bermejo, José Carlos. 2011. *La maquinación y el privilegio*. Akal, Madrid.

Bonfil, Guillermo. 2022. Del indigenismo de la Revolución a la antropología crítica, in *De eso que llaman Antropología Mexicana*, pp. 41-63. Ciudad de México: FCE.

Bourdieu, Pierre. 2014. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.

Briones, Claudia. 2020a. *Conflictividades interculturales*. Buenos Aires: Calas.

Briones, Claudia. 2020b. Interculturalidad y patrimonialización: la invisibilización de escenificaciones del ser juntos siendo otros, in *Antropología contemporánea. Intersecciones, encuentros y reflexiones desde el Sur Sur*. Editado por Crovetto, Gonzalo Díaz, pp. 83-120. Temuco: Ediciones UCT.

Cardoso de Oliveira, Roberto. 2003. *O Pensamento Antropológico*. Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro.

Cardoso de Oliveira, Roberto. 2006. *O Trabalho do Antropólogo*. São Paulo: Editora Unesp-Paralelo 15.

Díaz Crovetto, Gonzalo. 2008. Antropologías mundiales en cuestión: diálogos y debates. *E-Journal WAN RAM*. 5: 131-155.

Díaz Crovetto, Gonzalo. 2011. Antropologías de las antropologías: buscando ciertas condiciones para su emergencia y consolidación. *Antípoda*. 12: 191-210. <https://doi.org/10.7440/antipoda12.2011.10>

Díaz Crovetto, Gonzalo y Oehmichen-Bazán, Cristina. 2020. Las antropologías latinoamericanas ante el giro a la derecha: primeras aproximaciones. *Revista Plural*. (6): 15-32. <https://asociacionlatinoamericanadeantropologia.net/revistas/index.php/plural/article/view/150>

Díaz Crovetto, Gonzalo. 2019. El valor de las palabras: control, disciplinamiento y poder en torno al conocimiento antropológico. Lecturas y reflexiones a partir del caso chileno. *Revista Plural*. (3): 71-106. <https://asociacionlatinoamericanadeantropologia.net/revistas/index.php/plural/article/view/77>

Díaz Crovetto, Gonzalo. 2020. Por una antropología de las posibilidades, in *Antropología contemporánea. Intersecciones, encuentros y reflexiones desde el Sur Sur*. Editado por Crovetto, Gonzalo Díaz, pp. 17-37. Temuco: Ediciones UCT.

Díaz Crovetto, Gonzal y Restrepo, Eduardo. 2023. Precarización, productivismo y la burocracia universitaria: hacer antropología en la academia neoliberal. *Revista Tabula Rasa*. En prensa.

Durkheim, Émile. 2012. *Las formas elementales de la vida religiosa*. Fondo de Cultura Económica. México.

Escamilla, Guadalupe; Salmerón, Fernando y Laura Valladares. 2007. El campo laboral de la antropología en México. *Revista Colombiana de Antropología*. 43: 387-418. <https://doi.org/10.22380/2539472X.1114>

Fabian, Johannes. 2003. *Time and the other*. Columbia University Press.

Fassin, Didier. 2016. *La fuerza del orden*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Fassin, Didier. 2018. *Por una repolitización del mundo*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Fassin, Didier. 2022. *¿Cuánto vale una vida?* Siglo XXI, Buenos Aires.

Gerholm, Tomas y Ulf Hannerz. 1982. Introduction: the Shaping Of National Anthropologies. *Ethnos*. 47 (1): 1-35. <https://doi.org/10.1080/00141844.1982.9981229>

Giroux, Henry. 2018. *La guerra del neoliberalismo contra la educación superior*. Barcelona: Editorial Herder.

Graeber, David. 2011. *Fragmentos de una antropología anarquista*. Barcelona: Virus Editorial.

Graeber, David. 2015. *La utopía de las normas. De la tecnología, la estupidez y los secretos placeres de la burocracia*. Barcelona: Ariel.

Graeber, David. 2018. *Hacia una teoría antropológica del valor*. Ciudad de México: Fondo Cultura Económica.

Grimson, Alejandro. 2011. *Los límites de la cultura*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Gupta, Akhil y Ferguson, James. 2008. Más allá de la cultura: Espacio, identidad, y las políticas de la diferencia. *Antípoda - Revista de Antropología y Arqueología*. 7: 233-256. <https://doi.org/10.7440/antipoda12.2011.10>

Ingold, Tom. 2019. *Anthropology: why it matters*. Polity Press, Cambridge.

Ingold, Tom. 2022. *Llevando la vida: antropología y educación*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago de Chile.

Jimeno, Myriam. 2005. La vocación crítica de la antropología en Latinoamérica. *Antípoda Revista de Arqueología y Antropología*. 1: 185-199. <https://doi.org/10.7440/antipoda1.2005.03>

Jimeno, Myriam. 2016. La antropología en América Latina y la crisis del pensamiento crítico. *Boletín Colegio de Etnólogos y Antropólogos Sociales*. 37-43. <https://archive.org/details/BoletínCEAS2016/page/n3/mode/2up>

Krotz, Esteban. 2011. La enseñanza de la antropología “propia” en los programas de estudio en el Sur. Una problemática ideológica y teórica. *Alteridades*. 21(41): 9-19.

Krotz, Esteban y Reygadas, Luis. 2020. *¿Hacia la desacademización de la antropología mexicana? Una idea para la discusión gremial y para el VI COMASE*. https://www.ceas.org.mx/documentos/3a_c.pdf

Mora, Hector. 2021. ¡Interculturalidad!, pero ¿sobre qué concepción de cultura?, in *Estudios Interculturales desde el Sur: procesos, debates y propuestas*. Editado por Samaniego, Mario, pp. 65-84. Ediciones Ariadna, Santiago de Chile.

Núñez, Maribel. 2015. El género de la deuda. Circulación de la deuda social entre mujeres de Ciudad Juárez, México. *Revista Antípoda*. 21: 49-71. <https://doi.org/10.7440/antipoda21.2015.03>

Nussbaum, Martha. 2010. *Sin fines de lucro*. Buenos Aires: Katz Editores.

Peirano, Mariza. 2006. *A teoria vivida*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.

Peirano, Mariza. 2014. Nuevos Caminos en Antropología. *Cuadernos de Antropología Social*. 40: 39-47. <https://doi.org/10.34096/cas.i40.1277>

Ramalho, José Ricardo. 2011. Sociologia do trabalho: a necessidade de rever caminhos e tradições, in *As Ciências Sociais no mundo contemporâneo*, pp. 237-252. Brasília: Letras Livres/ Editora UnB.

Ribeiro, Gustavo Lins y Escobar, Arturo. 2009. Introducción a Antropologías del mundo: transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder, in *Antropologías del mundo: Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder*. Editado por Ribeiro, Gustavo Lins y Escobar, Arturo, pp. 25-54. México: CIESAS, UNAM, Universidad Iberoamericana.

Ribeiro, Gustavo Lins. 2011. Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica, in *Constructores de Otriedad*. Editado por Boivin, Mauricio, Rosato, Ana, Arribas, Victoria, pp. 241-246. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

Ribeiro, Gustavo Lins. 2018. Giro global a la derecha y la importancia de la antropología. *Encartes antropológicos*. 1(1): 5-26. <https://doi.org/10.29340/en.v1n1.8>

Reygadas, Luís. 2019a. *Antropólog@s del milenio. Desigualdad, precarización y heterogeneidad en las condiciones laborales de la antropología en México*. México: UAM/INAH/CIESAS/UIA/CEAS.

Reygadas, Luis. 2019b. Crítica del dualismo crítico. El retorno de los enfoques esencialistas en el análisis de la cultura. *Sociológica*. 34(96): 73-106.

Restrepo, Eduardo, y Escobar, Arturo. 2005. "Other anthropologies and anthropology otherwise": steps to a world anthropologies framework. *Cri-tique of Anthropology*. 25(2): 99-128. <https://doi.org/10.1177/0308275X05053009>

Restrepo, Eduardo. 2012. *Antropología y Estudios Culturales. Disputas y confluencias desde la periferia*. Siglo XXI, Buenos Aires.

Restrepo, Eduardo. 2019. Artilugios de la cultura: apuntes para una teoría postcultural, in *Cultura: centralidad, artilugios, etnografía*. Editado por Hall, Stuart, Restrepo, Eduardo, del Cairo, Carlos, pp. 67-105. Bogotá, Colombia: ACAN.

Restrepo, Eduardo. 2021. Articulaciones políticas en nuestras antropologías. *Antropologías del sur*. 8(16): 99-113. <https://dx.doi.org/10.25074/rantros.v8i16.2194>

Restrepo, Eduardo. 2020. Hacer antropología desde América Latina hoy: especificidades y desafíos, in *Antropologías Contemporáneas: Encuentros, reflexiones e Intersecciones desde el Sur Sur*. Editado por Crovetto, Gonzalo Díaz, pp. 147-165. Temuco: Ediciones UCT.

Sennet, Richard. 2000. *La corrosión del trabajo: las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.

Shore, Cris y Wright, Susan. 2000. Coercive accountability. The rise of audit culture in higher education, in *Audit Culture. Anthropological studies in accountability, ethics and the academy*. Editado por Strathern, Marilyn, pp. 57-89. Londres: Routledge.

Shore, Cris y Wright, Susan. 2015. Governing by numbers; audit culture, rankings and the new world order. *Berghahn Books*. 23(1): 22-28. <https://doi.org/10.1111/1469-8676.12098>

Strathern, Marilyn. 2000. Introducción: new accountabilities, in *Audit Culture. Anthropological studies in accountability, ethics and the academy*. Editado por Strathern, Marilyn, pp. 1-18. Londres: Routledge.